El título "Hijas de Jesús" interpretado desde la Biblia

Manuel Iglesias, SJ

Artículo extraído del libro "Un camino entre dos fechas" 1871- 1971

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

- Objeciones
- Datos históricos a favor

I PARTE : RESPUESTA A LAS OBJECIONES

1. "No os llaméis padres"
   - No en el sentido literal
   - "padre" equivale a "maestro"
2. Jesús, "Hermano" primogénito
   - El primogénito suple al padre
   - Otros títulos de San Pablo : Jesús ,transmisor de la Vida
3. Atenta contra la paternidad
   - Jesús es Dios
   - Su paternidad es de "mediación" hacia el Padre

II PARTE: JESUS, IMAGEN DEL PADRE

1. El Verbo preexistente.
2. El Verbo encarnado:
   - palabras "paternales".
   - comportamiento "paternal".
3. El Verbo encarnado, en su estadio glorioso.

III PARTE: SER "HIJA DE JESUS" SIGNIFICA

1. Estar muy relacionada con Jesús:
   - "hija del Reino",
   - hija de la luz",
   - "hija de la Resurrección".
2. Seguir a Jesús.
3. Como discípula
4. Y como esclava.

CONCLUSION

**Deseo agradecer a las MM. Mª del Carmen Zamalloa e Inés Laso, y en ellas a todas las Religiosas Hijas de Jesús, este detalle que las honra: la total libertad de investigación y exposición que me concedieron al pedirme este trabajo, sin imponerme ni sugerirme soluciones prefabricadas, ni siquiera posibles enfoques en este estudio. Me expresaron un solo deseo, que temo dejar insatisfecho: que presentara mi exposición en el lenguaje más llano y asequible que pudiera.*

Introducción

¿Tiene base bíblica el nombre de Hijas de Jesús? Una primera respuesta espontánea parece que habría de ser negativa, como la de aquellos Cardenales de la Curia Romana "que no querían de ninguna manera que [la Madre] pusiera este nombre al Instituto, ofreciendo otros menos el de hijas (1). ¿No prohíbe Jesús llamar padre a ningún otro fuera del Padre celestial? Y el plan de Dios, ¿no es hacernos "copias de la imagen de su Hijo, para que éste sea primogénito [¡no *padre*!] entre muchos hermanos? Finalmente, visto desde la Teología dogmática, ¿no atenta ese título contra la paternidad de la Primera Persona de la Trinidad, o no parece, al menos, cercano a la irreverencia?

Pensemos un poco. Una respuesta tan expeditiva quizás no hace realmente honor a Dios, que es infinitamente sencillo, pero cuyas cosas no pueden tratarse simplistamente. El título de una familia religiosa dentro de la Iglesia -Hijas de Jesús- tiene una aprobación no sólo diocesana, sino pontificia; y aunque la Iglesia no haya arriesgado ninguna infalibilidad al aprobar ese nombre, no podemos olvidar alegremente este dato cuando queremos profundizar en una parcela de la fe de la Iglesia. En nuestro viejo Catecismo, de cuya pedagogía podrá tal vez dudarse, no de su ortodoxia, aprendíamos la oración: "Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador *Padre* y Redentor..." Por otra parte, la Madre Cándida pertenece al grupo de "los sencillos", a quienes Dios revela sus secretos, en contraposición a "los sabios"; sea lo que sea del episodio en la iglesia de la Virgen del Rosario en Valladolid, debe hacernos pensar la tenacidad con que defendió en Roma el nombre de su Instituto Religioso la que fue una muchacha rural, empleada del hogar, tan "cristiana" que "no quiso saber más que a Jesucristo". También perteneciente a "los sencillos, Teresa del Niño de Jesús, que vivió profundamente su filiación respecto de Dios Padre, y que supo llamar a Jesús *Hermano,* se dirigió así a Jesús en una noche de enfermedad: "Vuestra hijita tiene mucha sed".

Y no sólo en el mundo femenino. San Agustín y Orígenes han hablado de Cristo como *padre*. Un cristiano, compañero de martirio de San Justino, dijo ante el tribunal que había de condenarlo: "Nuestro verdadero padre es Cristo, y [nuestra] madre la fe en él" (*Martyrium Iustini,* 4, 8). Evagrio escribe en su carta 61: "puesto que sois padres, imitad al Padre, Cristo". San Benito dice en su Regla (2, 2) que la palabra *abad* (= padre) "es pronombre de Cristo", es un nombre que equivale, o que suple, al de Cristo. En el *Liber Graduum,* siriaco, encontramos esta oración: "Padre nuestro que estás en los cielos, Jesucristo bendito, líbranos de las tentaciones y haznos según tu Voluntad". En un papiro de fecha incierta, pero de los primeros siglos cristianos, nos ha quedado una oración a Cristo, primogénito de la creación; en el texto, difícil y mal conservado, encontramos estas frases dirigidas al Hijo: "Tú, el Inmortal, el Incansable, el Eterno (...), nuestro Padre bendito, nuestro Rey y nuestro Dios (...). Eres el padre que salva, que reanima y fortalece"(2). Para no alargar las citas recordemos sólo una de nuestros clásicos: el capítulo que Fray Luis de León dedica al título "Padre del siglo futuro" en el libro I de su

obra *De los Nombres de Cristo:* "Llamase Cristo Padre del siglo futuro, y explicase el modo con que nos engendra en hijos suyos".
Alertados por estos datos, replanteémonos la pregunta inicial, en busca de las bases bíblicas de algo que fue fundamental en la espiritualidad de la M. Cándida y deberá serlo en la de sus religiosas. Intentaré responder a las objeciones (I), descubrir la paternidad de Jesús (II) y ver el sentido de la fórmula Hija de Jesús (III), partiendo del lenguaje de la Biblia, concretamente del Nuevo Testamento. Lo que yo diga podrá satisfacer o no satisfacer intelectualmente; pero confío en que las religiosas Hijas de Jesús que lean estas páginas no hagan problema "intelectual" de lo que es una *vida*, una forma concreta de *vivir* el cristianismo.

I. Respondiendo a las objeciones

1. Mat 23, 9 pone en boca de Jesús esta prohibición: "No os llaméis 'padre' en la tierra, pues vuestro Padre es uno, el celestial". Tomada a la letra, esa orden ha sido desobedecida en la Iglesia, empezando por el texto mismo del Nuevo Testamento. De Jesús, que empleó la palabra *padre* refiriéndose a simples mortales (3), se podría decir que estaba eximido de sus propias leyes; pero no podríamos disculpar, por ejemplo, a San Juan y San Pablo, quienes no sólo hablan con toda naturalidad de otros padres fuera de Dios ("os escribo a vosotros, padres...": 1 Jn 2, 13.14; y cfr., los consejos paulinos a padres e hijos, en Ef 6, 1-4, precisamente en la parte: de la carta que comienza afirmando que hay "un solo Dios y Padre": 4, 6), sino que se consideran a sí mismos padres de sus cristianos, con una paternidad análoga a la de los padres naturales, pero verdadera (4). Es que la frase de Mt 23, 9 es una de esas en las que el sentido literal estricto oculta y falsea en parte el sentido profundo: en este caso se trata de subrayar la singularidad en la paternidad divina, a la que se parecen, y de la que toman el nombre, otras "paternidades", otras formas de ser "cabeza de familia" (cfr. Ef 3, 15). Veamos otra frase construida de modo semejante. Cuando el rico llamó a Jesús "Maestro bueno", Jesús le respondió: "Sólo Dios es bueno" (Mc 10, 17-18). No negó que él fuera bueno, sino que hizo una llamada a la conciencia de su interlocutor, preguntándole por qué le aplicaba un calificativo divino (el rico no pensaba que Jesús fuera Dios), recordándole un principio elemental de la teodicea judía; era decirle: "¿Sabes lo que dices? Solo se puede llamar bueno a Dios; comparados con él, todos los demás 'padres' son malos" (cfr. Lc 11, 13). Si se hubiera dirigido a Jesús llamándolo *Padre,* como se llamaba a veces a los Rabinos (lo llama *Maestro*, prácticamente equivalente, como diremos), la respuesta habría sido parecida: "Si al llamar- me así rindes un homenaje a la única verdadera paternidad, al Padre que se te revela en mí, no estás lejos del Reino de Dios; pero si no, ¿por qué me llamas Padre? Sólo hay un Padre: Dios".
Además, en Mt 23, 8-10 "Rabí", "Padre" y "Director" (¿o "Profesor" ?) son términos sinónimos, intercambiables; padre equivale a *maestro,* como en el v. 8 *hermanos* es lo mismo que *discípulos* o *condiscípulos*. "No os arroguéis esos títulos, como les gusta hacer

a los fariseos, porque todos vosotros sois *hijos* del mismo *padre* (= sois *discípulos* del mismo *maestro*)". El que en esa diatriba contra los enseñantes religiosos que se sientan en la cátedra de Moisés se confiese Jesús el único "Director", el que nunca rechazara el título de "Maestro", y aun se reconociera tal (cfr. Jn 13, 13), nos es suficiente para decir que no rechaza en él una "paternidad" rectamente entendida.

2. En la familia de los hijos de Dios, Jesús es, según San Pablo, "el primogénito entre muchos hermanos" (Ro 8, 29); el Padre nos acepta como "hijos en el Hijo", hijos a imagen y semejanza del Hijo. La palabra *primogénito* puede decir simplemente que es el primero en una serie: "primogénito de entre los muertos" (Col 1, 18) es el primero de los resucitados; o que tiene la primacía: Jesús es "primogénito de toda la creación" (Col 1, 15). En el ámbito familiar en el que resuena Rom 8, 29, es de suponer que cuando San Pablo llama a Jesús el primogénito de los hermanos piensa un poco según las categorías y la ordenación jurídica familiar del Antiguo Testamento; ahora bien, uno de los derechos especiales del primogénito era el de suplir al padre, el de hacer las veces de padre ante el resto de la familia (5). ¿Podemos hablar de "paternidad derivada" en Cristo? San Pablo no lo afirma así. ¿Lo excluye?
Recorramos algunos de los nombres y títulos que él da al Hijo. Todos dicen verdad, pero todos son limitados, sin posibilidad de agotar la realidad del misterio de Dios en Cristo; todos son complementarios, y a veces referidos a la Iglesia o a cada uno de sus miembros hasta podrían parecer contradictorios. Entre ellos no figura el de "Padre", nombre que pertenece por antonomasia al "Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo" (Ef 1, 3), pero sí los que expresan la realidad de la transmisión de la vida, porque San Pablo llama a Jesús nuestro Creador, Sacerdote (Hebr), Cabeza, Esposo (6), Segundo Adán. Bastaría este último título para deducir, en pura lógica, que Jesús es de alguna manera *padre,* pues el Segundo Adán es *principio de vida*. "Señor y Dador de vida", comienzo de la nueva humanidad, cabeza de una nueva estirpe; San Pablo no explotó este filón, otros lo hicieron después tímidamente, con mayor o menor fortuna teológica, a veces en expresiones aisladas, como la del apologista griego Arístides (siglo II), según el cual el árbol genealógico de los cristianos arranca en Cristo *(Apología* 15, 1), en el que empieza una nueva raza. Y si pensamos en el título y la función de Mediador, exclusiva de Jesús (1 Tim 2, 5) nos confirmaremos en que Rom 8, 29 y los textos análogos no rechazan en Jesús lo que he llamado una paternidad derivada; porque cuando Jesús ejerce su oficio de Mediador del Padre de cara a nosotros, ¿qué es eso sino "hacer las veces del Padre"(7) ante el resto de la familia? Trabajamos siempre con lenguaje aproximativo y analógico, pero válido en nuestra pobreza.

3. Ya he aludido al riesgo de todo lenguaje humano acerca de Dios. Ese riesgo es mayor al tratarse de Jesús, que está situado en ambas orillas: verdadero Dios y verdadero Hombre. La Teología podría poner reparos al título Hijas de Jesús si *Jesús* representa solamente la Humanidad del Señor, o si su "paternidad" ensombrece, o anula, la de la Primera Persona Divina. Pero *Jesús,* aun siendo el nombre humano del Verbo hecho

hombre, para la M. Cándida es sencillamente Dios (8), o, para decirlo con su expresión ponderativa, que ella repite tantas veces, "todo un Dios"(9). Sus dos fórmulas concisas, que podemos llamar de consagración personal, "ser toda de Jesús" y "yo sola para Dios", dicen lo mismo. Cuando consideramos a las Personas divinas en sus relaciones mutuas, sólo la Primera puede llamarse Padre; pero si las pensamos en la unidad de la naturaleza divina, y como principio único de actividad "hacia fuera" podemos decir que en Dios todo es idéntico, y que la noción de paternidad, como la creación o cualquier otra, corresponde por igual a las tres Personas: puedo decir "Dios es padre, es creador, etc.", y puedo decirlo de cualquier Persona divina, mientras no intervenga una oposición de relación (no puedo decir, v. gr.: "el Hijo, en cuanto Hijo, es Padre"; ni "el Espíritu Santo, como distinto que es del Padre y del Hijo, es creador") (10). Al decir que Jesús (segunda Persona divina, expresada con su nombre humano) es padre, no digo que Jesús sea *el* Padre.

En segundo lugar, aunque no voy a exponer cómo ejerce Jesús su paternidad espiritual respecto de nosotros dándonos su Vida divina - la Vida que él posee y es- por su Palabra y los Sacramentos, sí quiero dejar claro que esa paternidad no estorba al carácter supremo de la paternidad de la Primera Persona trinitaria, pues precisamente la finalidad de ese don de su Vida que nos hace Jesús es que encontremos a *nuestro* Padre en *su* Padre. De su plenitud recibimos todos, no un regalo anónimo, sino el don de la adopción filial; nuestro parentesco espiritual con Jesús, nuestra filiación *respecto de* Jesús tiene por meta hacernos vivir, en cuanto es capaz una criatura, la filiación *de Jesús* respecto de Dios Padre.

II. Jesús, imagen perfecta del Padre

La revelación más perfecta que Dios nos ha hecho de sí mismo es Jesús. No tenemos otro Dios fuera de Jesús. Jesús de Nazaret es personalmente Dios; todo lo que Dios es para nosotros lo es también Jesús. Jesús Hijo de Dios es en su esencia la imagen substancial del Padre, reflejo perfectísimo del Padre (Col 1, 16; 2 Cor 4, 4; Flp 2, 6; Hebr 1, 6). Jesús, Hijo de Dios hecho Hombre, es revelación del Padre, no sabe ser otra cosa; no sólo nos habla y nos da a conocer al Padre invisible (Jn 1, 14.18; 13, 31; 17, 5.10.14.22. 26), es que todo él es revelación, la manifestación suprema del amor, de la sabiduría y del poder de Dios. Sobre todo del amor: un amor fontal, que no se elige (como el de los esposos o los amigos) sino que viene dado y ofrecido de arriba: un amor *paternal;* su amor humano es "una aproximación del amor de Dios en forma visible (11), mejor aún, es *la* aproximación visible más perfecta de ese amor; tan perfecta que San Juan nos ha dejado esta frase de Jesús: "el que me ha visto a mí ha visto *al Padre"* (Jn 14, 9).

Por eso, aunque Jesús tuvo interés durante su vida mortal en dejar constancia de su distinción respecto del Padre, encontramos en los Evangelios palabras y gestos *paternales* en Jesús; pondré algunos ejemplos, advirtiendo que si elijo, para mostrar que

Jesús es *padre*, este camino entre otros posibles más deductivos, más "teológicos" quizás, es por considerarlo más práctico para las principales destinatarias de estas páginas, las Hijas de Jesús; ellas podrán descubrir en otras páginas del Evangelio ese amor del Padre revelado en Jesús.

1. *Palabras de padre*

Cuando se dirige al paralítico: "Animo, *hijo.* Tus pecados quedan perdonados" (Mt 9, 2), Jesús es, para todos los que quieran ver, la imagen perfecta de Dios Padre perdonador. Y cuando dice a la mujer que arrastra su enfermedad desde antaño: "Animo, *hija*. Tu fe te ha salvado" (Mt 9, 22), ¿logramos sospechar el tono de esas palabras, y la confianza que inspiran al decirlas quien revela en ese momento la accesibilidad, la fortaleza y la ternura de Dios Padre? Para infundir valor a los suyos ante las exigencias del Reino, empieza: *Hijitos*, qué difícil es entrar en el Reino de Dios" (Mc 10, 24). En la noche última, cuando dio pruebas de amor extremo, llama a los suyos *hijitos* (Jn 13, 33) (12), les dice que no echen de menos la visión del Padre, porque *al verlo* a *él han visto al Padre* (Jn 14, 9), y les asegura que *no los dejará huérfanos* (Jn 14,18). Otra serie de frases revelan indirectamente el corazón paternal de Dios en Jesús, por ejemplo las de Mt 23, 37: "Jerusalén, Jerusalén... ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus pollitos bajo las alas", que San Agustín preferiría interpretar como el eco de un corazón maternal (13); y la parábola del padre que tenía dos hijos (¿dónde ha aprendido Jesús a decir "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas" [Lc 15, 31]?).

2. *Comportamiento de Padre*

Recordemos sólo dos gestos externos y materiales: Jesús llamó a "un niño, lo puso en medio, lo abrazó..."; según Lc 18, 15 "le presentaban los niños pequeñitos para que los tocara" o acariciara (Mt solemniza el gesto, interpretándolo como una imposición de manos o una bendición litúrgica). ¿Qué revela ese gesto? ¿Y qué revela la escena de Jesús, que se inclina hacia la cama de una pequeña de doce años que "está dormida", le coge la mano para "despertarla", y tiene que recordar a los padres (!) que su hija tiene hambre y hay que darle de comer (Mc 5, 40-43)?

Jesús vive actualmente, y en su estadio glorioso no ha perdido su función de ser revelación viva del Padre (aunque el modo de revelación no sea el mismo de su vida mortal); por eso hemos de evitar un arqueologismo romántico que puede no ayudar al crecimiento de nuestra fe. Habría que recordar ahora las líneas fundamentales de la teología sacramentaria, y el valor de las Palabras de Jesús, proclamadas en la Iglesia y meditadas en la oración personal. Pero nuevamente prefiero exponer, por otro camino más concreto, algo de lo que se podría decir más teóricamente. Partiendo del lenguaje bíblico, concretamente desde el Nuevo Testamento, interpretaré el título Hija de Jesús, no fijándome en la "paternidad" por parte de Jesús, sino en la "filiación" por parte de quien lleva ese nombre: ¿qué significa ser Hija de Jesús?

III. Ser "Hija de Jesús" significa ...

1. ...***estar muy relacionada con la persona* y *los intereses de Jesús***

El griego del Nuevo Testamento usa con frecuencia el semitismo "hijo de", con valor metafórico: perteneciente a, relacionado con, adherido a, digno de, etc. A veces se refiere a personas: "los hijos del Malo" (Mt 13, 38) son los que pertenecen al Maligno, los que actúan como el diablo, tienen sus sentimientos; "hijos de Abrahán" pueden ser los descendientes de Abrahán, pero también (Gá 3, 7), los creyentes, los que imitan la fe de Abrahán. A veces se refiere a cosas, incluso abstractas: "los hijos de este mundo" (Lc 16, 8; 20, 34) son los mundanos; "hijos de la desobediencia" (Ef 2, 2; 5, 6) son los desobedientes a Dios, los que se resisten a creer.

Según esto, una Hija de Jesús será una que tiene mucho que ver con Jesús, está muy en sus cosas, lo imita, es de su mentalidad. En su meditación de la Palabra de Dios puede saberse directamente aludida en estos semitismos que hacen referencia a Jesús:

- *Hija del Reino* (cfr. Mt 13, 38, en oposición a los hijos del Malo).

Como el Reino de Dios irrumpe con Jesús (concretamente con su actividad antidemoníaca), y en algunos pasajes es prácticamente un sinónimo de Jesús mismo, una "hija del Reino" es más que una "ciudadana de la patria de Dios": es una que pertenece a Jesús, es de los suyos.

- *Hija de la Luz* (cfr. Lc 16, 8, en oposición a los hijos de este mundo; Jn 12, 36; Ef 5, 8; 1 Te 5, 5). Jesús se llama Luz de una manera absoluta (Jn 8, 12; 9, 5), es decir, no es una luz entre otras, sino la única verdadera luz (en el Credo lo confesamos "Luz de Luz"); lo cual no impide, sino que produce, esa maravilla impensable de que nuestra unión de vida con El llegue a ser tanta que nosotros mismos podamos ser Luz (Ef 5, 8: "en otro tiempo erais oscuridad, pero ahora sois luz en el Señor"), más aún, "la luz del mundo" (Mt 5, 14), como él.

- *Hija* de *la Resurrección:* un día será como los ángeles, y será "hija de Dios por ser hija de la resurrección"; en palabras nuestras: será hija de Dios porque resucitará (para la Vida) (Lc 20, 36). Pero nosotros poseemos toda la Escritura, y sabemos que "la Resurrección" es Alguien: Jesús, que es la Resurrección y la Vida (Jn 11, 25); traduzcamos a Lc ayudados por Jn: será hija de Dios porque será... "Hija de Jesús", vitalmente asociada al que es la Resurrección y la Vida. Añadamos el texto de Jn 6, 40, indicando en cursiva los diversos elementos: "La voluntad de mi Padre es ésta: que todo el que *ve al Hijo* y *cree* en él tenga *vida* eterna, y yo *lo resucitaré* el último día**".**

2. ***…seguir* a *Jesús***

Esa relación se concreta particularmente en un seguimiento típico del discipulado. Para más claridad lo divido en dos secciones; la primera (el seguimiento) se entenderá brevemente con la imagen bíblica del pastor y el rebaño (Jn 10, 1-18); de ese pasaje anotemos la intimidad, la cercanía familiar de Jesús y *sus* seguidores: los llama por su nombre, los conoce de un modo sólo comparable al modo como él conoce al Padre, da su vida por ellos, para que efectivamente sean *suyos*. Este comportamiento es algo bien conocido de un pueblo de pastores, que entiende la alegría de encontrar una oveja perdida, después de la búsqueda fatigosa (Lc 15, 5-6). David, pastor de Belén (y Jesús nunca se opuso a que lo llamaran "Hijo de David") arriesgó muchas veces su vida luchando con las fieras para rescatar una oveja del rebaño (1 Sam 17, 34-36); y al pastor- rey David, después de sus pecados en cadena, Dios lo trae al buen redil con la parábola de Natán (2 Sam 12, 1-4): el rico mata la única corderilla del pobre, que era para éste "como una hija". Ante Jesús, *él* único verdadero Buen Pastor, la respuesta de la "hija", que "come de su pan y bebe de su vaso", ha de ser, según Jn "escuchar su voz", reconocerlo y seguirle; tendrá vida abundante.
Oyendo y *siguiendo* se pertenece a la familia de Jesús. El parentesco espiritual con él lo da el "escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica", como el grupo de discípulos sentados alrededor de Jesús (Mc 3, 33-35; Lc 8, 21), como la Virgen María (Lc 11, 28).

3. ***Como discípula*...**

En Israel, la relación maestro-discípulo equivalía a la de paternidad-filiación: "se llama padre al que educa, no al que engendra", dice un texto rabínico (Ex. R., 46, 101c); "los discípulos se llaman hijos, y de modo semejante el maestro se llama padre", dice otro texto *(Sifré Deut.*, 6, 7) (14); hasta merece más honor el maestro (religioso) que el padre natural *(Kerit.,* 6, 9), y así leemos en la Misnah: si el padre y el maestro han perdido algo, el discípulo debe buscar primero lo del maestro; si el padre y el maestro llevan una carga, el discípulo debe ayudar primero al maestro; si el padre y el maestro están encarcelados, el discípulo debe rescatar primero al maestro. ¿Prescripciones interesadas, ya que provienen de "maestros"? Quizás; pero nos interesa el motivo aducido: "porque su padre [natural] lo ha traído a la vida de este mundo, pero su maestro, que le enseña la sabiduría, lo introduce en la vida del mundo futuro" *(Baba M.,* 2, 11) (15) De ahí el gran respeto al *Maestro,* que parece cualidad innata en los pueblos de Oriente (16). Ese título, en la literatura judía, se confunde a veces con el de *padre;* también es frecuente que un Rabino se dirija a un alumno interpelándolo "hijo mío", costumbre que entronca con la literatura sapiencial del AT, y que se prolonga en el Cristianismo hasta muy tarde (17); a veces, en el texto del Nuevo Testamento la palabra *hijo* vale tanto como *discípulo* (v. gr.: en Act 23, 6, cuando San Pablo se llama "hijo de fariseos").

El único verdadero Maestro abrió su escuela e invitó: "Venid a mí..., aprended de mí" (Mt 11, 28-29). Una mujer de cultura modesta siguió la invitación. Esa mujer, verdadera discípula ("hija") de la Sabiduría encarnada, fundó una Congregación religiosa dedicada a la enseñanza, y le puso el nombre de Hijas de Jesús. ¿Estaré equivocado al interpretar ese nombre en la línea del discipulado? Y no lo olvidemos: el discípulo de un Rabino, como el discípulo de Jesús, aprende, más que con lecciones magistrales, con la convivencia con el Maestro: en la soledad y en la plaza, presenciando un milagro, caminando con él, comiendo con él en casa de un fariseo, asistiendo a su oración en el Huerto, perseverando al pie de la cruz, ...hasta gritar de gozo en el encuentro con el Resucitado: "¡Rabbuní, que quiere decir ¡Maestro (mío)!" (Jn 20, 16).

4....y *como esclava*

"Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor; y decís bien, pues lo soy. Así que, si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros mutuamente los pies" (Jn 13, 13-14). No es una lección teórica; se trata de un servicio concreto, encomendado entonces a los esclavos; una Hija de Jesús debería hacerlo, como exigencia de su mismo nombre público. La explicación es sencilla: otra palabra del Nuevo Testamento para hablar de los hijos es *païs;* propiamente significa *niño* o *niña,* sin más, pero con el uso se va especificando: una niña puede ser "hija" (Lc 8, 51) o "esclava", criada (Lc 12, 45; Act 12, 13; Lucas usa el diminutivo); el fenómeno es similar al que ocurre en nuestra lengua con los vocablos "niña", "chica", "muchacha". Cuando esa palabra griega se refiere a Jesús su ambivalencia es interesante, porque sirve a los primeros cristianos para proclamar a Jesús como "siervo" de Yahvé y para dar a la vez el paso hacia la afirmación de su divinidad ("hijo" de Dios); algunos textos, no muy precisos teológicamente, quizás por su antigüedad, son muy valiosos en su misma indeterminación ("Tu santo *niño* Jesús", en Act 4, 27.30, ¿es tu santo *siervo*? ¿O tu santo *Hijo*? ¿O las dos cosas?).

Aplicando ese término a quienes se llaman Hijas de Jesús encontramos una fuente de santo orgullo ("hija") y de exigencia sería de un servicio realista, hasta en los detalles más insignificantes o menos atractivos ("esclava"). Servir como esclava, y hacerlo por amor de hija, no son cosas contradictorias según el Nuevo Testamento. Una Hija de Jesús puede repetir cada mañana: "no merezco llamarme hija tuya, tenme por una de tus criadas" (Lc 15, 18-19), y automáticamente estará siendo *hija.* Más aún. Como ese "siervo" Jesús es el siervo sufriente que profetizó Isaías, no podremos eliminar el sufrimiento en una verdadera Hija de Jesús. "Las Hijas de Jesús sin padecer no puede ser", dijo la M. Cándida. "La hija ha de parecerse al Padre, ha de vivir crucificada como El vivió" (18). Y en medio del sufrimiento, exterior o interior, físico o moral, tendrá sus tentaciones características, precisamente en la línea de la filiación, como le ocurrió al Hijo: "Si eres Hijo de Dios" tienes derecho a comer (Mt 4, 3), a alejar de ti la Pasión (Mc 14, 36), a que vengan en tu ayuda doce legiones de ángeles (Mt 26, 53), a bajarte de la cruz (Mt 27, 40); una verdadera Hija de Jesús seguirá en la cruz, como él, y acabará su

vida diciendo "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc 23, 46), o con la fórmula arreglada ya por el primer mártir Esteban: "Señor *Jesús,* recibe mi espíritu" (Act 7, 59).

Conclusión

Brevemente. Creo que hay base en los textos del Nuevo Testamento para admitir una verdadera "paternidad espiritual" en Jesús, Hijo de Dios, que transmite su Vida analógicamente con el Padre. Esa paternidad de quien es perfecta imagen del Padre no atenta contra la paternidad singularísima del que es, por antonomasia, *el* Padre. Jesús siempre será nuestro camino hacia el Padre.

La vida espiritual de una Hija de Jesús tiene, por el mismo lenguaje bíblico, las siguientes líneas de fuerza, una *relación* grande con Jesús, concretada en su *seguimiento* como *discípula* y en *servirle* por amor.

Ignoro si esto aclara algo o complica todo. Ignoro lo que diría la M. Cándida si leyera aquí y ahora este intento mío de expresar desde fuera lo que para ella era la misma evidencia. De acuerdo o no, sí aceptaría este sincero deseo final: que las actuales Hijas de Jesús, limpia por un instante su mirada de letras, números y diplomas, obtengan del Señor la gracia de una mirada certera, como la de su Fundadora, en lo esencial de su vocación concreta en la Iglesia; una vocación que la Iglesia aprueba con el título de Hijas de Jesús.

MANUEL IGLESIAS, S.J.
Salamanca, 15 agosto 1972

NOTAS

1. In D 40. M. Natalia Bandrés

2. P.O. 18, pp. 445-448. Una traducción castellana abreviada, a través del francés, apareció en A. Hamman, *Oraciones de los primeros cristianos* (Madrid 1956), pp. 147-150. Algunos de los testimonios que cito están recogidos por el P. Hausherr en su libro, escrito hace años sobre la dirección espiritual en el Oriente Cristiano de los primeros siglos, a propósito del nombre de "Padre" Espiritual: 1. Hausherr, *Direction Spirituelle en Orient autrefois* (Roma 1955) pp. 22-23. Aun en el caso de que algunos de esos textos pertenecieran a escritos fronterizos con alguna herejía trinitaria, y aunque en esa frase de San Benito la palabra "Cristo" equivalga a "Dios", como creen algunos, sigue siendo significativo el hecho de que hombres no vulgares en cristianismo hayan hablado de Jesús como "Padre".
3. Los ejemplos son numerosos. Indico uno de cada evangelista sinóptico: después de decir "el Espíritu de vuestro Padre será el que hable en vosotros", añade: "el herma- no entregará a su hermano a la muerte, y el padre a su hijo, y los hijos se alzarán contra sus padres" (Mt 10, 20-21); "honra a tu padre y a tu madre" (Mc 10, 19); "¿quién de vosotros [que sea de verdad] padre, si el hijo le pide un pez le dará una culebra?" (Lc 11, 11).
4. Recordemos el orgullo paterno que siente San Juan por "sus hijos" que caminan en la verdad (3 Jn 4), y cómo les llama "hijitos" (1 Jn 2, 1.12.28; 3, 7.18; 5, 21). En cuan- to a San Pablo, aunque no consta que los fieles se dirigieran a él dándole el título de "Padre", ni que él se lo apropiara, es un hecho que él se considera verdadero padre espiritual (1 Cor 4, 15; 1 Te 2, 11), describe sus relaciones con Timoteo en términos paterno-filiales (1 Cor 4, 17; Flp 2, 22; 1 Tim 1, 2.18; 2 Tim 1, 2; 2, 1), llama a sus cristianos "hijos" (1 Cor 4, 14; 2 Cor 6, 13; 1 Te 2, 11; Tit 1, 4; Flm 10) con frases que adoptan a veces un colorido más maternal que paternal (Gá 4, 19; 1 Te 2, 7). Cfr. P. Gutiérrez, *La paternité spirituelle selon Saint Paul* (París 1968).
5. Ni San Pablo ni nosotros podemos apurar la imagen de "primogénito": en la familia de los hijos de Dios el Padre no muere, ni se incapacita, ni renuncia a ser padre. Otro ejemplo de la mezcla de prudencia y flexibilidad con que hay que manejar el vocabulario paulino acerca de Jesús lo tenemos en la palabra *heredero:* somos herederos de Dios, coherederos con Cristo (Rom 8, 17), pero Jesús y nosotros heredamos de una forma un poco extraña: ni el Padre muere para que nosotros heredemos, ni la herencia es otra cosa fuera del Dios Trinidad, y *en él* todo.
6. A la Iglesia, esposa de Cristo, segunda Eva nacida del costado del Segundo Adán, la llamamos *madre*. Una famosa encíclica papal, relativamente reciente, empezaba así, hablando de la Iglesia: "Mater et Magistra", dos títulos correlativos a los de Cristo, su Esposo: Padre y Maestro. De paso notaré que la variedad de nombres de Jesús en los escritos espontáneos de la M. Cándida no significa, en mi opinión, indecisión o am- bigüedad, sino todo lo contrario; llamarlo indistintamente *Padre* y *Esposo*, incluso en una misma frase, hablar a sus religiosas como a *esposas* e *Hijas* de Jesús, no repre- senta pobreza teológica; son intentos de expresar lo inexpresable. No es bueno encerrar- se exclusivamente en una representación, en un nombre, de Dios: Dios es siempre más de lo que decimos de El.
7. En la Cristología paulina, aún los títulos de Cristo que nosotros creemos en- tender y poseer pacíficamente, presentan problemas escriturísticos y teológicos nada sencillos. Un ejemplo: algunas de las páginas del P. Teilhard sobre *la primacia* de Cristo sobre el cosmos se han hecho famosas entre nosotros; pero basta leer alguna monogra- fía reciente sobre el tema (v. gr.: TH. R. Potvin, *The Theology* of *the Primacy* of *Christ according* to St. *Thomas and its Scriptural Foundations* (Friburgo, Suiza 1973), para ver cuánto queda por aclarar.
8. "Nuestro Dios Jesús" (MF cm).
9. MFc a M. Matilde Barquero-Salamanca, 12 julio 1912.
10. Lenguaje teológico correcto, con una noción aplicada a dos Personas divinas, lo tenemos en el *Credo:* poco después de confesar nuestra fe "en *un solo Señor* Jesu- cristo" decimos en perfecta ortodoxia: "creemos en el Espíritu Santo, Señor...").

11. Cfr. E. Schillebeeckx, *Cristo*, *sacramento del encuentro con Dios*, ed. española (San Sebastián, 1966) 23 (y cfr. p. 26). Con palabras menos complicadas y tal vez más "verdaderas" lo formula una monja contemplativa francesa, en una encuesta entre con- templativas: "Cristo es la traducción del Corazón de Dios al lenguaje humano y en actos humanos". Esa encuesta se publicó en España con el título *Dios les basta* (Madrid, 1965), pp. 156-157.
12. Se suele admitir que en el griego del NT el diminutivo ha perdido práctica- mente su valor específico; un estudio del léxico sobre "filiación" en Jn *(hyiòs*, *téknon* -diminut. *teknion-*, pais diminut. *paidion* y *paidárion*-) matizaría esa tesis.
13. "De ninguna otra ave se sabe que es madre", pues la gallina "enferma de tal modo, (...) que, aunque no vayan tras ella [sus polluelos], aunque no veas sus hijos, sin embargo, te das cuenta de que es madre", *(In lo.Ev.*, 15, 7). El santo lo aplica a Jesús fatigado del camino, enfermo por nosotros.
14. En el comentario clásico del NT a base de textos rabínicos (Strackbillerbeck, *Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrasch,* 5.a ed. (Munich, 1959) pue- den verse otros testimonios, por ejemplo, en el vol. III, pp. 340-341. Las anécdotas son Innumerables; digamos una: Rabbi Eliezer aceptó que le dieran el pésame por la muerte de un antiguo discípulo suyo; comentario del Talmud: es que "se quiere tanto a un dis- cípulo como a un hijo" *(*J. *Ber* 2, 5c).
15. A la luz de estos criterios de preferencia podemos entender un poco, desde el lado humano, las exigencias de Jesús-Maestro, anteponiéndose al padre y a la madre de sus discípulos (Lc 9, 59-62; 14, 26).
16. Uno piensa en seguida en los *gurus* de la India. Pero también en otros países; en una revista popular de divulgación biblica me entero del enfoque de la nueva tra- ducción tailandesa de los Evangelios: presentar a Jesús como el Gran Maestro; en el artículo se habla de la veneración al "maestro" en Tailandia, donde, entre otros detalles curiosos, no se celebra un "Día del Padre", ni un "Día de la Madre", pero sí un "Día del Maestro". Cfr. G. Phimphisan, *How the Bible came to Thailand. An Ecumenical Trans- lation:* The Bible Today (1973) pp. 1.373-1.377 (Especialmente p. 1.375).
17. En un escrito temprano como la *Didajé* (3, 1.3-6; etc.) lo mismo que en un es- crito más tardío, como la Regla de San Benito, cuyo Prólogo empieza así: "Escucha, *hijo*, los preceptos del *Maestro* (...), y acoge con gusto la admonición del *Padre* piadoso".
18. In D 38. H. Ruperta Pejenante.



Hijas de
Jesús